



SEIX BARRAL

PABLO NERUDA
CONFIESE QUE HE VIVIDO
MEMORIAS



«El poeta —ha escrito Neruda— debe ser, parcialmente, el cronista de su época». A lo largo de estas Memorias, Pablo Neruda se muestra como un auténtico cronista y testigo de nuestro tiempo. Así, va narrando con la inigualable potencia verbal que caracteriza a sus mejores escritos, no sólo los principales episodios de su vida, sino las circunstancias que rodearon la creación de sus poemas más famosos. Expone tanto su concepción del arte y de la poesía, cuanto los motivos que le llevaron a defender hasta el final de su vida sus conocidas posiciones políticas. Rememora magistralmente la figura de algunos de sus amigos (García Lorca, Alberti, Miguel Hernández, Eluard, Aragón, Ehrenburg, etc.) y su relación con personajes destacados de la política contemporánea.

CAMBIO DE PIEL

Premio Biblioteca Breve 1967.
De Carlos Fuentes.

TRES NARRACIONES

De Luis Cernuda.

LA CABEZA DEL CORDERO

De Francisco Ayala.

EL CAPIROTE

De Alfonso Grosso.

POESIA DE CREACION

De Gerardo Diego.



Editorial ARIEL

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Dirigida por R. O. Jones. (Seis tomos.)

La «Historia de la literatura española» es una versión muy corregida, aumentada y puesta al día de la reciente *Literary History of Spain*, escrita por un grupo de distinguidos especialistas británicos y dirigida por el profesor R. O. Jones, de la Universidad de Cambridge. La obra es un imprescindible instrumento de trabajo, a la vez que se presta a una lectura seguida y siempre estimulante. Sistemáticamente se han explorado las relaciones de la producción literaria y la sociedad en la que fue escrita, y a la que iba destinada. Pero ese enfoque no ha obstado al ejercicio de una crítica estrictamente literaria, aguda, sugestiva y orientada a proporcionar una guía para la comprensión y apreciación directa de los frutos más valiosos de las letras españolas.



LAS BRIGADAS INTERNACIONALES DE LA GUERRA DE ESPAÑA

De Andreu Castellá.

ESTUDIOS SOBRE LA REPUBLICA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

De Raymond Carr.

LA PRIMERA DEMOCRACIA CRISTIANA EN ESPAÑA

De Oscar Alzaga.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA (Ocho tomos)

De Frederick Copleston.

(Publicados los seis primeros tomos.)

MITO Y PENSAMIENTO EN LA GRECIA ANTIGUA

De Jean-Pierre Vernant.

SOLICITE CATALOGOS E INFORMACION EN HERMANOS ALVAREZ QUINTERO, 2. MADRID-4. Provenza, 219. BARCELONA-8.

ti testifica la soledad, hace constar, con una escritura tersa y lúcida, la incapacidad del hombre para comprenderse a sí mismo y comprender el significado del mundo que le rodea, en qué tentáculos divinos y humanos se halla aprisionado, por qué y para qué ama, muere o envejece, quién le esconde la verdad, a qué va a la guerra y por qué hambre siempre justicia o pan, de qué sirvió su renuncia y su sacrificio, y dando testimonio de todo ello, Ungaretti es el que acaso ha insistido más, a lo largo de su dilatada vida y su obra poética, en los interrogantes de esa aventura, y lo ha hecho sin encrespamiento, con serenidad y al dictado de una autenticidad que le coloca por encima de cualquier correspondencia «in un'epoca di piccoli uomini».

¿Quién puede hablar, al enfrentarse con esta poesía, de impalpabilidad, de rarificación? Más bien, por el contrario, nos induce continuamente a pensar en una mágica objetivación donde quedan conjugados los elementos de una profunda operación sentimental. La narración poética asume entonces un sentido íntimo y doloroso, y las imágenes se transfiguran a su dictado, ex-carcelando vastos ámbitos, intermitentes y estremecidos silencios, y allí donde esas imágenes parecen debilitarse y adelgazarse, o pudieran disolver el trazo de la fantasía, el arco tenso del pensamiento les da alcance, tal vez en una admirable síntesis que, sin duda, revela el paciente trabajo formal al que se sujetó el poeta, y no creemos que la interiorización del sentimiento haya tocado muchas veces, en las últimas manifestaciones de la poesía italiana moderna, unas notas tan diáfanas como las conseguidas por Ungaretti en su obra, siendo en este sentido la poética de un Cesare Pavese la que posteriormente alcanzaría parecidas cotas de diaphanidad, si bien el poeta de Santo Stefano Belbo respon-

dió a otras muy personales motivaciones a la hora de crear la suya.

«He poblado de nombres el silencio», dirá Ungaretti, intentando resumir de alguna forma todo el contenido, propósito y alcance de su «estar en» la poesía, y al confesar que lo ha hecho, rescata para la poesía total esa parcela de su singular experiencia terrenal, porque, dirá también, «sé todo lo que un hombre puede saber del pasado y del porvenir... Ahora ya conozco mi destino y mi origen... Ya no me queda nada por profanar, nada que soñar... He gozado de todo, he sufrido...». Y esto es suficiente para que nos acerquemos con confianza a un hombre. Y a un poeta. ■

Los cuentos de la buena pipa de Sánchez Ferlosio

El párrafo 30 (página 99) de la primera semana de *Las semanas del jardín*, de Rafael Sánchez Ferlosio (1) que en el índice del libro lleva el título de «Segundo ejemplo: el cuento de la buena pipa», dice así en su comienzo: «El otro ejemplo anunciado (en el párrafo anterior el autor se ha referido a otro ejemplo: el de un hombre escondido detrás de un eucalipto) es el que se me ofrece en el conocido juego lingüístico al que se suele dar el nombre de "cuento de la buena pipa", o sea, cualquier tipo de texto urdido en esta forma: "Había una vez un hombre que tenía un primo de nombre Sempronio, que vivía en una casa construida por un albañil casado con la hija de un labrador dueño de un campo en el que cierta tarde un cazador, cuya escopeta había sido arreglada en una armería donde los martes por la tarde, etcétera", algo, en fin, de

(1) Rafael Sánchez Ferlosio: *Las semanas del jardín*. Semana primera: «*Libet scriptas proferetur*». Nostromo. Mauricio D'Ors, Editor. Madrid, 1974.

estructura parecida a la de estas mismas páginas».

Resultaría cuando menos desconcertante que después de dieciocho años de casi absoluto silencio (El Jarama apareció en febrero de 1956), Sánchez Ferlosio se decidiera a contarnos cuentos de la buena pipa. En realidad, el texto que tenemos ante nos no es un texto imaginativo (como habría de ser el de cualquier cuento, incluso el de la buena pipa), sino discursivo. A través de 43 párrafos y dos apéndices, que totalizan 161 páginas (descontadas portadillas, índices, etcétera), el autor se dedica a especular con cuestiones lingüísticas o narrativas de forma desenfadada (lo que no supone falta de rigor o conocimiento, ni mucho menos), y con un lenguaje y una sintaxis peculiares, que participan en muchos momentos del hermetismo tenebroso de toda jerga especializada. Especulaciones que nos sorprenden a menudo por cuanto tienen de irónicas, de formativas y de informativas. Nos informan, por ejemplo, de que el ajo es el marido de la cebolla (nota de la página 35), de que el autor hizo en su adolescencia los ejercicios espirituales de San Ignacio (página 138), de que la biografía novelada es un género ambiguo y deplorable que conduce a errores gramaticales (y el autor lo demuestra con Salvador de Madariaga, don, en la página 98), o de que la ordalía de papel del realismo socialista es un tongo pedagógico (página 171 y última). Nos forman por cuanto, si bien no se hace (¡Dios me librel, dice el autor) ninguna preceptiva ni se dice cómo se debe narrar, ni siquiera cómo se narra de hecho (página 135), sí se proponen las bases de algo que el autor llama «el derecho narrativo» (página 125 y otras). Y son irónicas, en tanto que el autor elige ejemplos tan peregrinos, que el lector no tiene más salida que justificarlos suponiendo en aquél aquella intención, como

en los análisis que se hacen de películas (*Rebellón en Haití, Boinas verdes*) o de los cuentos de la buena pipa, y aun del realismo socialista, que ocupa el apéndice II, sin duda, la parte más meridionalmente clara de todo el libro.

Darío Villanueva, en su reciente y agudo estudio de *El Jarama* (2), cita en la bibliografía cuatro libros inéditos de Rafael Sánchez Ferlosio: tres novelas y un ensayo; éste, con el título de *El derecho narrativo*. Nada nos dice, sin embargo, de estas *Semanas en el jardín* (perdón, del jardín), a pesar de que están escritas hace por lo menos cinco años (cf., página 159). ¿Se tratará entonces del ensayo citado, que ha sufrido una modificación en el título? ¿O más bien fruto del abinco con que Sánchez Ferlosio ha ido anotando todas sus cogitaciones en cuadernos manuscritos durante más de tres lustros, según nos informa Juan Benet en el prólogo a la edición de *Alfanhué* en la «Biblioteca Básica Salvat»? Sea como fuere, no cabe duda de que nuestro autor, con la publicación de esta «primera semana», ha querido dar la razón a uno de sus estudiosos, Luis de Yra-

(2) Darío Villanueva: «El Jarama», de Sánchez Ferlosio. Su estructura y significado. Universidad de Santiago de Compostela, 1973.

che, que ha considerado el estilo de sus estudios como paradigmático, por cuanto tiene de revolución en la prosa castellana, que se ha convertido en más compleja y retorcida para poder expresar mejor las sutiles y alambicadas especulaciones de la intelectualidad de la posguerra (3).

La publicación de esta «primera semana» nos devuelve, en cualquier caso, a un escritor singular, por todos los conceptos, en el panorama de nuestra literatura actual, y cuyo larguísimo silencio había convertido en mítica su personalidad. Esta nueva toma de contacto con el lector no podrá por menos que resultar beneficiosa (para el lector, desde luego). El discurso sobre «el derecho narrativo» que nos ofrece Ferlosio es un discurso de difícil lectura, qué duda cabe, al menos para un crítico impresionista e intuitivo como el que firma estas líneas. El apéndice II, ya referido, es un análisis lúcido y cruel sobre el llamado «realismo socialista», análisis que, curiosamente, toma como ejemplo la novela de Turgeniev *Padres e hijos*, por ser ésta una típica novela de representantes (a pesar de que, puntualiza Ferlosio, no deja de

(3) Las referencias de Juan Benet y Luis de Yrache las he tomado del citado estudio de Darío Villanueva.

leerse con interés y agrado). La «segunda semana», de próxima aparición, bajo el lema «*Splendet dum frangitur*», discursará sobre la Historia, según nos informa en esta primera el propio autor. Yo pido ya que Dios nos coja confesados. Y también que contenga un apéndice tan lúcido y cruel como el del «realismo socialista» sobre el «realismo falangista», que en nuestro tiempo y país causó más estragos que aquél, y al cual Sánchez Ferlosio debe conocer como la palma de su mano. ■ MARTIN VILUMARA.

«La guerra ha terminado»

Manuel Barrios —nacido con la Dictadura de Primo de Rivera en la «luminosa claridad» de las salinas gaditanas— ha hecho suficientes méritos a lo largo de buen número de años y libros para ser conocido de buena parte del público lector español, no sólo por la calidad que pueda entretenerse en su obra literaria, sino también por cierto sarpullido que algunos de sus libros han levantado en determinadas esferas de nuestra sociedad, sobre todo a niveles de ciertas fuerzas vivas del Sur español. E incluso a otros niveles, y buena prueba de ello es su libro «Carta a un ex ministro», secuestrado por la Administración, merced a cuya medida cautelar se encuentra pendiente de proceso.

Conocido novelista y poseedor de una rara habilidad para adornar su idioma de singular gracia, encontrar el quiebro de una frase, adoptar una sintaxis precisa y no por ello menos fluida, Barrios, para mí al menos, cuando se ha enfrentado con la novela —por ciertas prisas quizá, por esa inquietud, puede, que es madre de su forma de vivir— se ha quedado, en ocasiones, demasiado a flor de piel. Nos ha contado la vida que ven los ojos, pero no ha llegado a diseccionar —yo diría que porque no ha querido



Manuel Barrios.

(y sus razones tendrá) más bien que porque no ha podido— la otra vida subterránea que gravita en el juego de los espejos de todo personaje, y cuyas zonas subyacentes es preciso diseccionar para dar el concepto de los porqués en cada instante.

No ocurre esto, por el contrario, cuando Barrios se enfrenta con ese difícil (pequeño, dicen algunos) y gran género narrativo que es el cuento, donde ha de disponerse, a parte de una pluma con decisión y hondura en la fibra del sentimiento, con un poder de relator, una capacidad exacta de la síntesis y una visión globalizadora del mundo pergeñado en elocuentes trazos, para dar opción al lector de penetrar en la obra objeto de relato sin titubeos ni digresiones, tomando el pulso vivo de lo que se cuenta desde la primera secuencia.

Revolviendo —según manifestación propia del autor— entre los cientos de cuentos que quedaban en carpetas y cajones de su mesa de trabajo, Barrios hizo una noche borrón y cuenta nueva de relatos muy diversos, correspondientes a diversas épocas de su vida literaria. De esta limpia y consecuente selección nacería un volumen de relatos salido a la calle en el presente año (1).

Recordando alguno de estos cuentos, he de

(1) La guerra ha terminado, de Manuel Barrios, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, número 26, 1974.

volver necesariamente a mi apreciación primera acerca de la capacidad de Barrios para la creación literaria en este género, ya que una de las muestras más excelentes de dicho libro la ofrece —a mi entender— precisamente un brevísimo cuento —tan sólo una página del libro—, titulado «Al filo de la madrugada», donde, con el planteamiento de tres planos de la acción —la constante de los hechos externos, marcada por esa reiteración morosa en la descripción de la lluvia que el padre mira, casi convertido en piedra; la melopea de la madre, que se expresa en un monólogo obsesivo, y la realidad de la de la muerte del niño—, sintetiza toda la tragedia de un bombardeo absurdo e inútil.

Y al margen de sus cualidades estéticas a la hora de marcar su precisión fabuladora, la intencionalidad del autor, la toma de conciencia que expresa la convicción inapelable de una postura.

Muchas veces se han perfilado pronunciamientos acerca del compromiso del autor, así como sobre la asepsia que debe englobar la obra de arte. Dos conceptos en constante pugna acerca de los cuales los enunciados se han establecido a gusto de todas las posturas.

Indudablemente, la ideología conceptual de todo escritor ha de verse reflejada en la obra que éste perfila, ya que

pretender la desideologización del artista vendría a ser algo así como tratar de cortar las raíces de un árbol y presumir que éste pueda seguir dando frutos. Otra cosa será exigir del artista, para admitirle naturaleza de tal, que los resortes de su disciplina prevalezcan siempre sobre su «idearium» ideológico, ya que sólo así habrá cobrado la entidad suficiente para llegar a la circunvalación totalizadora de la obra de arte.

Y partiendo de estos supuestos, entiendo: Barrios ofrece la dimensión de su pericia narrativa casi en totalidad, si bien pudiera decirse que las épocas diferentes en la creación de los relatos que configuran el libro comentado —no aparecen las fechas— pudiera romper algo la unidad de «convicción» respecto a los planteamientos que el propio autor se establece. ■ FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.

Psicoanálisis y novela

La narración como problema viene atrayendo la atención de casi toda la crítica bajo distintos puntos de vista y presentando una gran variedad de enfoques. De todos ellos, el de concebir la narración como un lenguaje ha sido el centro de interés en toda bibliografía especializada sobre el tema. Sin embargo, se ha venido equiparando también la narración no sólo a la lingüística, sino a la lógica, al folklore y a los más recientes planteos antropológicos, tratándose —con mayor o menor fortuna— de encontrar en la estructura narrativa, si no la razón de ser del género, por lo menos una significación emergente de su propia organización. En momentos como éste, de evidente tendencia, Marthe Robert (1) se aparta del gusto más o menos general de la crítica para plantear una original y valiosa interpretación acerca del problema.

(1) Novela de los orígenes y orígenes de la novela. Taurus. Madrid, 1973.

